

## CAPITULO V

Después de la excursión del Capitolio y del foro, emplearon Corina y lord Nelvil dos días en visitar las siete colinas. Los antiguos Romanos celebraban una fiesta en honor de ellas, porque en efecto es una de las bellezas originales de Roma, ver aquellos montes encerrados en su recinto, y sin trabajo se comprende cómo se complacia en celebrar esta singularidad el amor de la patria.

Habiendo visto el día anterior Corina y Osvaldo el monte Capitolino, volvieron á emprender sus excursiones por el monte Palatino, que ocupaba enteramente el palacio de los Césares, llamado el *Palacio de oro*. Este monte no presenta ahora mas que las reliquias de aquel palacio : Augusto, Tiberio, Calígula y Neron edificaron los cuatro lados, y hoy solo quedan algunas piedras cubiertas de plantas fecundas ; la naturaleza recobró su imperio sobre los trabajos de los hombres, y la hermosura de las flores consuela de la ruina de los palacios. El lujo, en el tiempo de los reyes, y en el de la república, consistía solamente en los edificios públicos : las casas de los particulares eran muy reducidas y sencillísimas : Ciceron, Hortensio, los Gracos, habitaban encima de aquel monte Palatino, que apenas bastó, en la

época de la decadencia de Roma, para la morada de un hombre solo ; y en los postreros siglos, la nación se redujo á un tropel sin nombre, señalado únicamente por la era de su señor. En vano se buscan en aquellos sitios sus dos laureles plantados delante de la puerta de Augusto, el laurel de la guerra, y el de las bellas artes, cultivados por la paz ; los dos desaparecieron.

Todavía quedan sobre el monte Palatino algunos aposentos de los baños de Livia ; allí se muestra el sitio de las piedras preciosas que entonces se prodigaban en los techos, como un adorno ordinario, y también se ven pinturas, cuyos colores se mantienen perfectamente intactos : la fragilidad misma de los colores aumenta la admiración de verlos conservados, y aproxima á nosotros los tiempos que pasaron. Si es cierto que Livia abrevió la vida de Augusto, concibió tal atentado en uno de aquellos aposentos ; y las miradas del soberano del mundo, vendido en sus afectos mas íntimos, quizá se pararon en alguno de aquellos cuadros, cuyas elegantes flores duran todavía ¿Qué pensó, en su ancianidad, de la vida, y de sus vanas pompas ? ¿Acordóse de sus proscripciones ó de su gloria ? ¿Temió, esperó un mundo futuro ? y el último pensamiento, que todo lo revela al hombre, el pensamiento postrero del dueño del universo, ¿vaga aun hoy por debajo de aquellas bóvedas ?

El monte Aventino ofrece, mas que ningun otro,

vestigios de los primeros tiempos de la historia romana : precisamente enfrente del palacio construido por Tiberio, se ven los escombros del templo de la Libertad, construido por el padre de los Gracos : al pié del monte estaba el templo dedicado á la Fortuna civil por Servio Tulio, para dar gracias á los dioses, porque habiendo nacido esclavo, llegó á ser rey. Fuera de los muros de Roma se hallan tambien las ruinas de un templo que estuvo consagrado á la Fortuna de las mujeres, cuando Veturia detuvo á Coriolano ; enfrente del monte Aventino está el monte Yanículo, donde Porsena colocó sus escuadras ; y delante de aquel monte hizo Horacio Cócles cortar á su espalda el puente que llevaba á Roma. Los cimientos de este puente duran todavía ; y en las márgenes del rio hay un arco triunfal hecho de ladrillo tan sencillo como era grande la accion que recuerda : este arco, segun se dice, fué levantado en honor de Horacio Cócles. En medio del Tíber se descubre una isla formada de las haces de trigo recogidas en los campos de Tarquino, las cuales estuvieron largo tiempo expuestas en el rio, porque el pueblo romano no queria tomarlas, creyendo que traian mala ventura consigo : difícil fuera en nuestros días hacer caer sobre algunas riquezas maldiciones bastante poderosas para que nadie quisiese tocarlas.

Encima del monte Aventino estuvieron los templos de la Honestidad patricia, y de la Honestidad

plebeya ; al pié del monte se ve el templo de Vesta, que todavía subsiste casi entero, aunque mil veces le ha amenazado el Tíber con sus inundaciones (1) ; y cerca de allí están las ruinas de una cárcel para los deudores, donde pasó, segun dicen, aquel hermoso rasgo, generalmente sabido, de piedad filial ; y en aquel sitio asimismo Clelia y sus compañeras, prisioneras de Porsena, cruzaron el Tíber para volver con los Romanos. Este monte Aventino descansa el alma de todos los recuerdos dolorosos, que excitan las demas colinas, y su aspecto es hermoso como las memorias que representa. Habian dado el nombre de *bella orilla* (*pulchrum littus*) á la márgen del rio que está á la falda de esta colina, y allí se paseaban, al salir del foro, los oradores de Roma ; allí se encontraban César y Pompeyo, como simples ciudadanos, y procuraban atraer á Ciceron, cuya independiente elocuencia les importaba entónces mas que el mismo poder de sus legiones.

La poesia tambien llega á hacer aquella mansion mas hermosa : Virgilio puso sobre el monte Aventino la caverna de Caco ; y los Romanos, tan grandes por su historia, lo son aun mas por las ficciones heroicas con que adornaron los poetas su origen fabuloso. En fin, volviendo del monte Aventino, se advierte la casa de Nicolas Rienzi, que probó vanamente á hacer revivir los antiguos tiempos en los modernos ; y esta memoria, aunque tan débil á par

(1) Vidimus flavum Tiberim, etc.

de las otras, hace todavía pensar largo tiempo. El monte Celio es digno de nota, porque allí se ven las reliquias del campo de los pretorianos, y del de los soldados extranjeros : entre las ruinas del edificio construido para alojamiento de estos soldados, se halló una inscripcion que dice : *Al genio santo de los campos extranjeros*. ¡ Santo, en efecto, por aquellos cuyo poder mantenía ! Lo que aun hay de aquellos antiguos cuarteles hace creer que estaban contruidos á modo de claustros, ó por decir mejor, que los claustros se han construido por su modelo.

El monte Esquilino era llamado el monte de los poetas, porque teniendo Mecénas su palacio en aquella colina, habitaban tambien en ella Horacio, Propercio y Tibulo. No léjos de allí están las ruinas de las termas de Tito y de Trajano ; créese que Rafael tomó el modelo de sus arabescos en las pinturas de Tito : y allí se descubrió tambien el grupo de Laocoonte. La frescura del agua da tal sentimiento de placer en los países cálidos, que se esmeraban en reunir en los sitios donde se bañaban todas las pompas del lujo, y todas las delicias de la imaginacion. Los Romanos exponian en ellos las obras maestras de la pintura y de la escultura ; considerábanlas á la claridad de las lámparas ; porque la construcción de aquellos edificios indica que jamas entraba la luz, y querian resguardarse por este medio de los rayos del sol tan penetrantes en el meridiano. La sensacion que producen fué causa, sin

duda, de que los antiguos los llamasen los dardos de Apolo ; y pudiera creerse, observando las precauciones extremadas de que se valian contra el calor, que el clima era entónces todavía mas ardiente que en nuestro tiempo. En las termas de Caracala estaban colocados el Hércules Farnesio, la Flora, y el grupo de *Dircea* ; cerca de Ostia, en los baños de Neron, se halló el Apolo de Belvedere : y ¿ es creíble que aquel emperador no sintiese algunos impulsos generosos contemplando tan noble figura ?

Las termas y los circos son las únicas clases de edificios consagrados á diversiones públicas, de que hay señales en Roma. No se encuentra mas teatro que el de Marcelo, cuyas ruinas aun duran ; y Plinio refiere, que en un teatro hecho para breves dias, se vieron trescientas sesenta columnas, y mas de tres mil estatuas. Unas veces levantaban los Romanos edificios tan sólidos que resistian á los terremotos ; otras se entretenian en dedicar trabajos inmensos á obras que ellos mismos arruinaban concluidas la fiestas ; y así jugaban, bajo todas formas, con el tiempo. No tenian, por otra parte, como los Griegos, aficion extremada á las representaciones dramáticas ; en Roma únicamente florecieron las bellas artes por las obras y los artistas de la Grecia, y la grandeza romana mas bien se manifestaba por la magnificencia colosal de la arquitectura, que por las producciones sublimes de la fantasía. Aquel lujo giganteo, aquellas maravillas de la riqueza,

tienen un gran carácter de dignidad; ya no habia libertad, mas habia poder. Los monumentos destinados á baños públicos se llamaban provincias; y allí se juntaban las varias producciones, y los diversos establecimientos que pueden encontrarse en todo un país. El Circo (llamado *Circus magnus*), de que aun se ven escombros, estaba tan inmediato al palacio de los Césares, que desde las ventanas de su alcázar podia dar Neron la señal para los juegos: era bastante capaz para contener trescientas mil personas; casi toda la nacion estaba divirtiéndose á un mismo tiempo; y aquellas fiestas inmensas podian mirarse como una especie de institucion popular, que reunia á todos los hombres para el placer, como en otros dias se congregaban para la gloria.

El monte Quirinal, y el monte Viminal están tan unidos, que es difícil distinguirlos: allí existia la casa de Salustio, y la de Pompeyo; y allí ha establecido ahora el Papa su mansion. No puede darse un paso por Roma, sin comparar lo presente con lo pasado, y aun los diferentes pasados entre sí; pero el hombre aprende á tranquilizarse sobre los acontecimientos de su tiempo, viendo la perpetua inconstancia de la historia de los hombres; y como que causa rubor agitarse, á la vista de tantos siglos, que han trastornado todos la obra de sus predecesores.

Al lado de las siete colinas, ó sobre su declive, ó

en su cima, se ven levantarse infinitas torres y obeliscos, la columna Trajana, la columna Antonia, la torre de Conti, desde donde pretenden que contempló Neron el incendio de Roma, y la cúpula de San Pedro, que domina todavía á todo lo que domina. Parece que pueblan el aire todos aquellos monumentos que se prolongan hácia el cielo, y que se señorea majestuosamente una ciudad aérea sobre la ciudad de tierra.

Al volver á Roma hizo Corina pasar á Osvaldo por debajo del pórtico de Octavia, de aquella mujer que tanto amó, y padeció tanto: luego atravesaron *el camino malvado*, por donde pasó la infame Tulia, hollando el cuerpo de su padre con la planta de sus caballos: á lo léjos se ve el templo levantado por Agripina en honor de Claudio, á quien hizo envenenar; y por fin se pasa por delante del sepulcro de Augusto, cuyo recinto interior sirve hoy de arena á las contiendas de los animales.

— Os he hecho reconocer bien rápidamente, dijo Corina á lord Nelvil, algunos vestigios de la historia antigua; mas ya comprendereis el placer que puede hallarse en estas investigaciones sábias y poéticas juntamente, que hablan á la par á la fantasía y al pensamiento. Hay en Roma muchos hombres distinguidos, cuya única ocupacion es descubrir un nuevo enlace entre la historia y las ruinas. — No conozco ningun estudio que me inspire mas interes, respondió lord Nelvil, si me ha-

llase bastante sereno para entregarme á él : esta especie de erudicion es mucho mas animada que la que se adquiere en los libros ; parece que se hace revivir lo que se descubre, y que lo pasado renace de en medio del polvo que le sepultó. — Si, por cierto, dijo Corina, y la pasion á esos tiempos antiguos no es una preocupacion vana : vivimos en un siglo en que el interes personal parece el único principio de todas las acciones de los hombres ; y ¡qué simpatía, qué exaltacion, qué entusiasmo puede producir nunca el interes personal! Mas dulce es pensar en aquellos dias de abandono, de sacrificio, y de heroísmo, que han existido, no obstante, y cuyas venerables huellas ostenta la tierra todavía.

---

## CAPITULO VI

Corina se lisonjeaba en secreto de haber aprisionado el corazon de Osvaldo ; mas como conocia su reserva y su severidad, no se habia determinado á mostrarle todo el interes que le inspiraba, si bien, por su índole, se hallaba dispuesta á no ocultar lo que sentia su corazon. Quizá creia tambien que aun

hablándole de asuntos ajenos de su sentimiento, tenia su voz un metal que descubria su mutuo cariño, y que en sus miradas, y en aquella habla melancólica, y poco distinta, que penetra el alma tan hondamente, se pintaba á cada paso una secreta declaracion de amor.

Una mañana, estando disponiéndose Corina para proseguir sus excursiones con Osvaldo, recibió un billete suyo, casi demasiadamente cumplido, por el cual la avisaba que el quebranto de su salud le impediria por algunos dias salir de casa. Oprimió el corazon de Corina una dolorosa zozobra, temiendo que en realidad se hallase enfermo de peligro, pero el Conde de Erfeuil, á quien vió aquella noche, le dijo que su dolencia era uno de los accesos de melancolia, que le asaltaban frecuentemente, y durante los cuales no queria hablar con nadie. — Yo mismo, añadió el Conde de Erfeuil, cuando se halla en esa disposicion, me privo de verle. — Aquel *yo mismo* desagradaba bastante á Corina ; empero guardóse de manifestarlo al único hombre, por quien podia tener nuevas de lord Nelvil : hizole varias preguntas, lisonjeándose de que un hombre de tan poca reflexion, á lo ménos en la apariencia, le diria cuanto supiese ; mas ora quisiese ocultar con un aire misterioso que Osvaldo nada le habia confiado, ora tuviese por mas honroso negar que conceder lo que le pedian, opuso á la fogosa curiosidad de Corina un imperturbable silencio. Ella, que

siempre habia tenido dominio sobre las gentes, con quienes habia hablado, no podia comprender cómo eran infructuosos sus medios de persuasion con el Conde de Erfeuil : ¿no sabia que lo mas inflexible del mundo es el amor propio?

¿Qué arbitrio le quedaba, pues, á Corina para saber lo que pasaba en el corazon de Osvaldo? ¿escribirle! ¿para escribir era preciso tanta circunspeccion! y Corina era amable especialmente por su abandono y por su naturalidad. Pasaron tres días, durante los cuales no vió á lord Nelvil, y estuvo atormentada de un desasosiego mortal. — ¿Qué he hecho yo, decia, para apartarle de mí? No le he dicho que le amaba, no he cometido este yerro tan temible en Inglaterra, y tan perdonable en Italia. ¿Lo ha adivinado? ¿Pero por qué me ha de apreciar ménos?

Osvaldo únicamente se habia ausentado de Corina, porque se sentia arrastrado con harta violencia por sus atractivos, pues que si bien no habia dado su palabra de ser esposo de Lucila Edgermond, sabia, no obstante, que la intencion de su padre era unirlos, y deseaba conformarse con ella. En fin Corina no era conocida bajo su verdadero nombre, y llevaba, hacia muchos años, una vida excesivamente independiente : semejante union no hubiera merecido (así lo pensaba lord Nelvil) la aprobacion de su padre, y conocia que no era propia tampoco para expiar sus errores con él. Estos

eran los fundamentos que le hacian apartarse de Corina : habia proyectado escribirle, al partir de Roma, lo que le forzaba á tal determinacion; mas como no se hallaba con ánimo bastante para tomarla, se limitaba á no ir á su casa, y aun este sacrificio le pareció harto costoso al segundo día.

Corina estaba dominada de la idea de no ver mas á Osvaldo, y de que se iria sin decirle adios : á cada instante esperaba recibir la nueva de su partida, y este temor exaltaba su cariño de tal manera, que se sintió improvisamente sobrecogida de la pasion, de aquella garra de huitre que deshace y desvanece la libertad y la ventura. No pudiendo permanecer en su casa, donde no se presentaba lord Nelvil, vagaba á veces con esperanza de hallarle por los jardines de Roma, y soportaba mejor las horas, en que paseándose sin objeto, tenia cualquiera probabilidad de divisarle. La ardiente fantasia de Corina era el origen de su talento; pero por su desgracia, aquella fantasia se mezclaba con su sensibilidad natural, y solia hacérsela dolorosísima.

La noche del cuarto día de aquella cruel ausencia hacia una luna clara y hermosa, y Roma lo es mucho en medio del silencio que trae consigo la oscuridad; parece que entónces solamente la habitan sus ilustres sombras. Corina, al volver de casa de una amiga suya, oprimida del dolor, se apeó de su coche, y descansó algunos momentos cerca de la fuente de Trevi, delante de aquel manantial copioso

que se precipita en cascada en el centro de Roma, y parece la vida de aquella pacífica morada : cuando se detiene algunos dias aquella cascada, diríase que Roma está como adormecida en un profundo letargo ; y así como en las demas ciudades es preciso oír el estruendo de los carruajes, en Roma parece el murmullo de aquella fuente inmensa acompañamiento indispensable de la pensativa existencia que en ella se tiene. La imágen de Corina se pintó en aquella onda tan pura que hace muchos siglos se nombra el *agua virginal* : y Osvaldo que se habia parado en aquel mismo sitio pocos momentos despues, divisó el rostro encantador de su amiga, que se retrataba en el agua. Conmovióse con tanta violencia, que al pronto dudaba si era su imaginacion quien hacia se le apareciese la sombra de Corina, como tantas veces le habia mostrado la de su padre ; inclinóse hácia la fuente para verla mejor, y entónces se reflejaron sus propias facciones á par de las de Corina : conocióle, dió un grito, abalanzóse rápidamente, y asióle del brazo, como si hubiera temido que se huyese otra vez ; mas apénas se habia entregado á aquel movimiento harto impetuoso, se llenó de rubor, acordándose del carácter de lord Nelvil, por haber manifestado con tanta viveza lo que sentia, y dejando caer la mano que detenía á Osvaldo, se cubrió con la otra el rostro para no dejar ver su llanto.

— Corina, dijo Osvaldo, querida Corina, ¿mi

ausencia os ha hecho desgraciada? — ¡ Ay! ¡ sí, respondió, y harto lo sabiais ! ¿ por qué, pues, me habeis querido dar pesar ? ¿ he merecido que me hagais padecer ? — No, exclamó lord Nelvil, no sin duda : mas si no me considero libre, si conozco que tengo en mi pecho ansias y pesares, y nada mas, ¿ por qué he de hacer os participar de esta borrasca de sentimientos y de temores ? ¿ Por qué?... — Ya no es tiempo ; el dolor está ya en mi seno, no me aflijais. — ¿ Vos, dolor ? repuso Osvaldo ; ¿ en medio de una carrera tan brillante, de tantos aplausos, con una imaginacion tan viva ? — Tened, dijo Corina, no me conoceis ; de todas mis facultades la mas poderosa es la de padecer : nací para ser dichosa, mi carácter es confiado, mi fantasía exaltada ; pero las penas excitan en mí no sé que ímpetu capaz de turbar mi razon, ó causarme la muerte. Os lo repito, no me aflijais ; la alegría, la inconstancia son en mí aparentes ; mas en mi alma hay abismos de tristeza, que solamente podia evitar librándome del amor.

Corina pronunció estas palabras con una expresion que conmovió vivamente á Osvaldo. — Volveré á veros mañana por la mañana, replicó ; no lo dudeis, Corina, — ¿ Me lo jurais ? dijo ella con una inquietud que en vano procuraba ocultar. — Sí, lo juro, exclamó lord Nelvil, y desapareció.